

José Tohá, un año después

“MUCHAS MUERTES FUERON SU MUERTE”

MUCHAS muertes fueron su muerte. Llegó la última cuando se encontraba sin energía moral, sin ímpetu psicológico, flaco como un alambre”.

Es posible que se haya suicidado: es posible que su muerte, la última, haya sido un crimen. La mente ya alterada de José Tohá y su cuerpo quebrantado hasta la postración abren todas las posibilidades pero dejan una certeza: hay maneras de morir y maneras de ser conducido a la muerte.

Su viuda, Eugenia Morales Etchevers, cuenta la historia de José Tohá, ministro del Interior, ministro de la Defensa Nacional y vicepresidente en varias ocasiones durante el gobierno de Allende. La historia de Tohá, es rigor, la historia de los dos y de muchas personas más. Es, en parte, historia chilena, después del 11 de septiembre de 1973.

Dice la señora de Tohá:

“A la habitación donde se encontraba hospitalizado José entraron las esposas de Orlando Letelier y Hugo Miranda. El cadáver estaba desnudo y había sangre en las paredes.

“José, efectivamente, estaba psíquicamente mal, porque permanentemente iba a interrogarlo el fiscal de Aviación, Horacio Otaiza. Día y noche le decía: ‘Asesino, ladrón, asesino’.

“La última vez que lo vi, el sábado pasado, con voz apenas audible y ojos extraviados, decía: ‘Dicen que soy un asesino, que maté a mucha gente. ¿Es verdad que he hecho todo eso?’. He aquí el relato, que dividimos en dos partes, tal como fue contado a Julio Scherer García:

“El martes 18 de septiembre me llamaron por teléfono desde el Ministerio del Interior. Me dijo una secretaria ayudante del general Bonilla: ‘Señora, usted vino el otro día a preguntar por el general Bonilla. Me indica que le diga que si requiere usted una audiencia se la da para mañana’. Le pregunté si podía ir con Isabel Margarita Letelier. Me contestó que sí, que fuera con ella.

“Al día siguiente llegué a las oficinas del general Bonilla, donde nos recibió amablemente. Explicamos la situación, lo grave que resultaba para todas nosotras estar viviendo en San-

Reproducimos a continuación el relato íntegro que Eugenia (Moy) Morales de Tohá hace de la muerte del ex vicepresidente de la República y ex ministro del Interior y Defensa del Gobierno del Presidente Allende, ocurrida hace un año —el viernes 15 de marzo— al periodista mexicano Julio Scherer García, director de la revista mexicana “Excelsior”. He aquí el relato, publicado también por la revista “Chile-América”.

Julio Scherer García

tiago una situación que no entendíamos, sin saber el paradero de nuestros maridos. Nos dijo que ese día, en ‘El Mercurio’, había salido una lista con la gente que estaba en isla Dawson. Le pregunté si era la misma isla que había adquirido José para la Armada. Se sonrió socarronamente y me dijo que sí. Le pregunté entonces si tendríamos la oportunidad de hacerles llegar un envío de ropa adecuada, porque, hasta donde sabíamos, el clima de la isla era sumamente duro con vientos muy fuertes y, a esas alturas del año, con mucha nieve.

“Nos contestó que no habría problema, que lo único que se requería era que se concentraran los bultos en una misma casa. Me preguntó si yo disponía de la mía. Le contesté que sí. Me dijo entonces: ‘El primero de octubre va a ir un oficial a recoger los bultos. No deben pesar más de 20 kilos y deben contener ropa de abrigo, y chocolates y caramelos para el frío’. Ese mismo día llamé a cada una de las señoras cuya lista, efectivamente, publicaba ‘El Mercurio’ y les pedí que llevaran hasta mi casa, antes del primero de octubre, maletas que no contuvieran más de 20 kilos de peso, que tuvieran tipos de alimentos no perecederos.

“El día primero llegó el comandante Merick a mi casa para retirar los bultos, en camioneta. En esa oportunidad me dijo: ‘Los bultos destinados a Carlos Lazo y Erick Schnake no deben ser enviados a la isla, porque ellos ya fueron trasladados a Santiago; están siendo interrogados por el Servicio de Inteligencia de la FACH’.

“Pasaron los días y también los meses. La correspondencia que venía de la isla Dawson era muy irregular. La gente de allá, al parecer, mantenía un estado anímico que trataba de levantarnos a nosotras, estimularnos y hacernos sentir a las mujeres

que nos encontrábamos en Santiago que debíamos estar tranquilas, porque ellos también lo estaban. Como digo, transcurrió bastante tiempo, pero alrededor de los primeros días de diciembre, como el 6 ó 7, como había pasado ya un mes sin que tuviera correspondencia de José, alarmada concurrí hasta la Central de Detenidos que funcionaba en el Congreso y acercándome a un oficial que estaba en la portería le reclamé la falta de correspondencia de la isla.

“Me preguntó: ‘¿Quién es su marido?’. ‘José Tohá’. ‘Ah, tengo justamente un radio que viene desde Punta Arenas, y que dice que su marido está enfermo desde el 24 de noviembre en Punta Arenas, en el hospital de las Fuerzas Armadas’. Alarmada le pregunté de qué se trataba. Me contestó: ‘El informe dice ‘desnutrición’.

TENIA DIFICULTADES PARA CAMINAR

“Traté desesperadamente de averiguar más datos sobre el particular. Llamé al general Leigh; como no lo ubiqué, le envié una carta. Eran simplemente cuatro líneas. Le manifestaba mi inquietud por el diagnóstico médico llegado de Punta Arenas y mi necesidad de verlo. Me contestó telefónicamente por medio de uno de sus ayudantes, el general Magliocchetti, que podía ir a Punta Arenas y que no tendría problema en ver a mi marido.

“Al llegar a Punta Arenas me remití a hablar con el general Torres de la Cruz, en esa época jefe de Plaza de Punta Arenas. Le dije que traía de parte del general Leigh autorización para ver a mi marido por unos días, lo que durara el pasaje. Me contestó que estaba autorizada a verlo solamente una vez, por diez minutos, y que el tema de conversación debía radicar exclusivamente en la situación

de salud de mi marido y a la de la familia. No se podía hablar de otras cosas. Le contesté: ‘Lo lamento mucho, general, pero en esas condiciones yo no puedo ir a ver a mi marido. Usted comprenderá que después de tantos meses y estando José enfermo es poco el estímulo que le puedo dar en diez minutos. No voy a ir. Consulte usted a Santiago y averigüe si lo puedo ver mientras dura mi estancia en Punta Arenas’.

“Me contestó que lo haría, pero que mientras tanto me fuera yo al hospital. Mantuve mi negativa. ‘No voy a ir —le dije— hasta que no tenga la seguridad de poderle decir a mi marido hasta mañana. Llamé a Santiago. No encontré al almirante Carvajal. Entonces me dijo: ‘Dígale a su marido hasta mañana por cuenta mía. Ya veremos luego lo que hacemos’.

“Llegué hasta el hospital militar. Allí me esperaba un miembro del Servicio de Inteligencia, un oficial joven, que me dijo que la reunión con mi marido sería bruscamente cortada si yo me salía del tema salud y familia. Le contesté que mi marido era inocente, que en ningún código del mundo a ninguna persona se le podía tener incomunicada si previamente no estaba acusada de algo, que José no estaba acusado de nada, que no tenía proceso y que su estado de desarraigo obedecía al estado de guerra, según lo había manifestado públicamente el general Bonilla.

“Entré a ver a mi marido. Era una pieza cerrada del hospital y él avanzaba lentamente por el pasillo. Tenía dificultades para caminar, se veía muy delgado, tenía el pelo cortado de una manera extraña, al parecer, a tijeretazos; su mirada era cansada y esbozaba una leve sonrisa. Lo abracé, pero la verdad es que no hablamos nada, nos miramos solamente. Yo traté de contarle algo, pero la verdad es que estábamos muy cortados, con la presencia del oficial, metralleta en mano. Le expliqué que había estado con el general Pinochet, que había hablado con el ministro del Interior y con otros oficiales que habían sido sus colaboradores. Me miraba en forma escéptica. Me dio la impresión de que no me creía. Pero la reunión termi-

nó bruscamente. Como digo, no hablamos nada. El oficial, cuando salió mi marido, me miró y me dijo que cómo lo había encontrado. 'Pésimo - le dije-. Pero mañana será otro día'.

LA VIDA EN LA ISLA DAWSON

"Al día siguiente llegué hasta la Intendencia para obtener la confirmación y verlo en la tarde. Me informaron que, efectivamente, había llegado autorización de Santiago y que lo podía ver tres veces más, pero en las mismas condiciones, revisada de pies a cabeza y con un oficial al frente. Las reuniones que vinieron a continuación soltaron un poco la conversación con José. Me contó todo lo que había ocurrido en la isla con su salud. Había bajado más de 10 kilos. Su aspecto era bastante insano. Me contestó que todos los exámenes que le habían hecho eran negativos, que los trastornos que tenía eran producto de su falta de asimilación por el tipo de alimentación que había en la isla.

"Efectivamente, el año anterior, cuando José era ministro de Defensa, se le había hecho un reconocimiento en el Hospital Militar. En esa oportunidad los médicos le habían aconsejado que evitara en su dieta alimenticia los farináceos, porque este tipo de alimentos no eran asimilados por su organismo. Sin embargo, en la isla la base de la alimentación eran los farináceos. Allí se comen tallarines, garbanzos, porotos, lentejas. Esta era una de las razones de que José bajara de peso.

"Había tenido también, sumada a la grave tensión nerviosa que existía en la isla, un trabajo pesado al que ninguno estaba acostumbrado, como el hecho de cortar árboles con un viento que va a más de 100 kilómetros por hora y cuya peligrosidad hace que este tipo de oficios, tanto en la isla como en Punta Arenas, sean de alta especialización y muy bien remunerados. La gente estaba en una tensión nerviosa constante, el trabajo era pesado, tenían que cargar piedras y crear murallones en lo que iba a ser la cancha de aterrizaje, trabajo pesado porque tenían que construir los propios barracones, donde tenían que dormir, y hacer desde las letrinas hasta las duchas, porque, desgraciadamente, la gente que estaba en la isla era gente acostumbrada a ciertos sistemas de aseo y no podía vivir en un medio donde no se les permitía ducharse.

"Fue iniciativa de ellos construirse unas duchas, muy primarias, con tarros que eran pre-

viamente picoteados con unos clavos. Todos estos trabajos, junto con su peligrosidad, junto con el vejamen que constituye el hecho de hacerlos con un oficial o un suboficial metralleta en mano, obligándolos a cantar canciones como 'Lilly Marlene' y otras con letras adecuadas,

José, se les presentaron problemas más rápidamente".

LOS TREINTA SEGUNDOS DE DESPEDIDA

"Al término de los cuatro días, el 22 de diciembre, dejé de ver a José. Nos despedimos lue-



José Toha.

inventadas por ellos. Este tipo de vejámenes va royendo internamente a cada uno de esos seres humanos que estaban allí, que desconocían su suerte, que desconocían cuáles eran las alternativas de su proceso, qué tipo de procesos se les haría, qué tenían, cuándo empezarían los procesos, cuándo terminaría la pesadilla. Todo ello fue, como digo, corroyendo internamente a cada uno. A algunos, físicamente más delgados, como

go del oficial, que en tono de irónica generosidad nos dijo: 'Tienen treinta segundos para despedirse'. Fueron quizá los únicos treinta segundos que estuve en real soledad con José. Nos miramos, nos dimos un beso y yo le dije: 'Hay mucha gente que se está moviendo por ti, gente que realmente tú no crees. Existe un espíritu solidario. Tú yo sé que no lo puedes entender desde el hospital o desde la isla. Diles que a mí no

me ha faltado nada, que he sentido por primera vez en mucho tiempo renacer la esperanza en los seres humanos que me rodean. Pienso que saldrás pronto'.

"Terminó el tiempo y el oficial me mira sonriendo y me dice: '¿Usted tendría el gusto de ver a don Daniel Vergara?'. Le contesté que realmente para mí sería un gusto. Me preguntó si yo era amigo de él. Le contesté que sí, desde hacía muchos años, y aunque no lo fuera 'quiero que sepa que la gente que está en la isla, aunque no los conozca a todos, son todos mis amigos'. Vi a Daniel Vergara, sólido como siempre. Me dijo: 'Dile a mi mujer que estoy bien, que no se preocupe, que no he muerto, que lo que dice la prensa es mentira'. José me miró y me dijo: 'La prensa es despiadada'. 'Sí -le dije-, la prensa es despiadada'. Lo que no podía decirles era que la prensa estaba controlada y que entonces no era justamente la prensa la despiadada. Terminó la reunión y nos fuimos.

"El 24 de diciembre me embarqué hacia Santiago para pasar la Navidad junto a mis hijos. Al llegar a Santiago esa misma noche, luego de entregarles los pequeños regalos a mis hijos, escribí una larga carta al almirante Carvajal. Le expliqué la situación en que encontré a José, su estado anímico, su estado físico, la peligrosidad que constituía que José en esas condiciones fuera retenido en la isla. Una persona que mide un metro noventa y cinco centímetros de estatura, cuyo peso normal son 76 kilos; que había perdido más de 10 es blanco de cualquier tipo de microbios, un resfriado cualquiera se podía transformar en una neumonía o algo más grave. Esta carta fue llevada el 26 de diciembre al almirante Carvajal. Se la dejé con su ayudante Castro, de la FACH. Me dijo que se la haría llegar ese mismo día y que una vez que el almirante la leyera me iba a recibir en audiencia privada. Le dejé mi teléfono y le dije que esperaría su llamada.

"No me contestó la llamada, pero insistí varias veces con el comandante Castro. Le dije que había solicitado al general Torres de la Cruz que me entregara los certificados médicos de los análisis hechos a José. El general me había contestado afirmativamente que me serían entregados, pero que luego habían decidido trasladarlos al Ministerio de Defensa. El comandante Castro me dijo: 'Ya no se los vamos a entregar, señora, porque esos análisis se los vamos a hacer llegar al

director del Hospital Militar para que sea él quien opine si efectivamente es necesario que su marido sea trasladado a Santiago para nuevos exámenes. **No sé si podrá caminar**".

"Pasó el tiempo. Llamé nuevamente. El comandante Castro me dijo: 'Estamos a la espera del informe médico del director del hospital, doctor Patricio Silva'. Para ese entonces llegó a Santiago Aniceto Rodríguez. Habló largamente con el general Arellano. Le hizo saber la peligrosidad de la situación en que se encontraba José, que su salud era sumamente delicada, al igual que la salud de Oswaldo Puccio y de Edgardo Enriquez. Le dijo que era gravísimo que ellos siguieran en la isla, que de ser así en cualquier momento podrían morir, que estaban mal alimentados, que no digerían. Que los problemas cardíacos de Puccio y de Enriquez hacían temer por sus vidas. Que José adelgazaba cada día más, que estaba en 54 kilos, que con su metro noventa y cinco centímetros apenas podía moverse.

"Parece que algo de lo que le dijo Aniceto Rodríguez conmovió al general Arellano. Tampoco sé si realmente fue así o si realmente fue un informe médico emitido por el doctor Silva cuando conoció el estado de salud de José. No lo supe. Pero el primero de febrero se me avisó que José había sido traído al Hospital Militar de Santiago.

"Hablando con el comandante Castro me indicó que el sábado 2 estaba autorizada mi suegra para ver a José. Fue una visita de diez minutos. Yo esperaba fuera de la puerta. Sentía la voz de José, que hablaba fuerte. Le decía a su madre que estaba bien, que se reponería, que el comandante Feyley le había dicho en la isla que tanto él como Puccio serían posteriormente enviados a sus casas, luego del reconocimiento médico que era necesario hacerles.

"Mi suegra salió desfigurada por la angustia. Me dijo que estaba muy delgado, muy delgado. 'No sé realmente si podrá caminar en el estado en que viene'. Yo no podía imaginarme a José más delgado de lo que lo había visto en Punta Arenas. No se me informó mucho sobre el peso que traía José. Las informaciones eran contradictorias. Las que decían los enfermos era un peso, la que decía el director del hospital era otro peso. No sé si eran 54 kilos o 50 los que pesaba José cuando llegó de la isla.

"El sábado, como no pude ver a José, aproveché que el director del hospital acompaña-

ba a mi suegra en la visita para preguntarle si el 6 de febrero, día en que José cumplía sus cuarenta y ocho años, podía ir toda la familia, con los niños, a hacerle una visita en la tarde. Me contestó que él pensaba que no habría problema, pero que lo averiguaría. 'En todo caso —me dijo—, usted puede venir el lunes a hacerle una visita sola'. Fui. Estuve quince minutos con José. Estaba sentado en su cama y cuando me vio entrar se sobrepuso. Tenía una bata puesta y avanzó afirmándose entre el mueble que sujetaba el televisor que le había hecho llevar el sábado y una silla que había cerca de él. Los ojos los llevaba chicos, la vista como agudizada para tratar de distinguir el bulto. Estaba yo a sólo seis metros de él y me dio la impresión que le costaba distinguirme. Efectivamente, José había perdido parte de la visión.

LA CONVERSACION CON LOS NIÑOS

"Lo abracé, le toqué las manos y le dije: 'Estamos llegando al final del camino. Cuando salgas de aquí nos iremos a la casa y allí pensaremos qué vamos a hacer. ¿Te gustaría salir de Chile?', le pregunté. 'Si no es absolutamente necesario preferiría quedarme aquí con los niños. Creo que mi lugar está aquí. No tengo nada que temer. Lo único que quisiera es una investigación pública, tanto de mi vida privada como de mi vida de político. No tengo nada de qué avergonzarme, al contrario. Si tengo responsabilidad política, de ella estoy orgulloso y me gustaría que lo supiera todo el mundo. Estoy orgulloso de haber trabajado al lado del Presidente Allende'.

"Yo sabía que era así, no tenía para qué decirme. Realmente los quince minutos que nos dieron pasaron volando. Le contesté que estábamos autorizados para el 6, que nos veríamos con los niños. Me preguntó con mucha ansiedad por ellos. Los niños míos, que son muy chicos, uno tiene cinco y medio y la otra, ocho años, eran muy regalones de José. Y yo sabía que el impacto iba a ser muy fuerte cuando los viera. Por eso prefería llevarlos en el momento de su cumpleaños, en que habría otra gente, sus hermanas y cuñadas. Además, tendría oportunidad de conocer a su sobrino chico, el único hijo de su hermano Jaime.

"El sábado en la mañana llegué al hospital con una tarjetita hecha por los niños y con un pedazo de torta. Había una gran movilización, gran cantidad de militares se deslizaban por el

pasillo, gente con metralleta. Hacía mucho tiempo que no veía eso en el Hospital Militar. Avancé hasta el pasillo donde estaba José, en el tercer piso, y un oficial me interceptó y me dijo: '¿Qué lleva allí?'. 'Es una torta', le dije:

"Esa tiene que revisarla la Seguridad'. Se acercó uno de los suboficiales que atendía a los detenidos enfermos y me dijo: 'Señora, yo se lo hago pasar'. 'Dígame que estoy aquí', le pedí. 'Ahora no se puede —dijo—, porque está saliendo Calderón'.

"Lo miré y, efectivamente, desde una de las piezas del fondo avanzaba lentamente el ex ministro de Agricultura, Rolando Calderón. Me sonrió levemente, me hizo seña con la mano y entremedias de gendarmes lo vi avanzar por el pasillo. Me fui a mi casa. Preparé a los niños y a las seis de la tarde volví al hospital'.

"LO SACARON ESTA MAÑANA, SE FUE"

"Mi suegra ya había llegado, estaban sus dos hermanas, su cuñada y una niñita con su niño chico, una sobrina, los niños y yo. Tengo todavía grabada en mi retina la mirada de José cuando se encontró con Carolina y con José en la puerta de su pieza. El estaba en cama. Se le veía contento. Sus ojos brillaban, había lágrimas. Los niños saltaron en la cama y se sentó uno a cada lado de él, le preguntaron cosas. José les contestó que había estado lejos, en una isla en el Sur de Chile. Los niños se atropellaron para decirle: 'Sí, nosotros sabemos, es la isla que tú compraste para la Armada'. 'Sí, hijo, allí estuve con varios tíos de ustedes'. 'Sí —dijeron los niños—, nosotros sabemos'. José hizo una mueca, no agregó nada.

"Estaban los niños de Jorquera, agregado de prensa, estaba la mayor parte de los padres de los amigos de mis hijos. Conversaban atropelladamente, comían torta, no sé si consciente o inconscientemente. Estuvimos una hora con él, compartimos la torta, hablamos de temas varios. Creo que José había recuperado algo de peso en los cinco días que llevaba en Santiago. Se le veía como que iba superando el grado de depresión que traía desde la isla.

"Pasaron dos o tres días antes de que lo volviera a ver mi suegra. Pero las reuniones eran muy cortas, poco o nada se podía hablar. Un día, un viernes, 15 ó 16 de febrero, llegué con mi hijo chico, José, a ver a mi marido. En la puerta me esperaba un sargento. 'Señora

—me dijo—, su marido ya no está aquí'. 'Pero cómo no va a estar aquí, si está enfermo'. 'Fue requerido, lo sacaron esta mañana, se fue'. '¿Pero cómo se fue?'. 'Bueno —dijo—, el había recuperado peso desde que entró al hospital'.

"Alarmada, me fui hasta mi casa, tomé el teléfono y llamé a la Guarnición de Santiago. Contestó el coronel Ibáñez. 'Coronel —le dije—, ¿dónde está mi marido? Fue sacado del Hospital Militar y no sé donde está. Me da la impresión que está en la FACH'. Dije aquello no sé por qué, no sé por qué se me ocurrió que estaba en la FACH. Tal vez porque toda la gente que había sido detenida se decía que estaba en la FACH. Me dijo:

"Señora, yo le voy a hacer la consulta. No tengo idea de qué se trata. Voy a averiguarlo'. A la media hora se comunicó conmigo: 'Señora, su marido fue trasladado del Hospital Militar al Hospital de la FACH, donde seguirá con la misma médica, pero donde será sometido a un breve interrogatorio por el coronel Otaiza, el fiscal de la causa intitulada Bachelet y otros'.

"Le pregunté dónde podía ubicar al coronel Otaiza. Me dio un teléfono. 'Puede ubicarlo mañana a las diez a. m.', o sea, el 16 de febrero. Me aseguró que mantendría el mismo horario de visitas. 'No se preocupe: Esta vez, en lugar de ser el Hospital Militar, será el Hospital de la FACH'.

NO LE PUEDO DAR MAYORES ANTECEDENTES

"Al día siguiente, a las diez, llamé al coronel Otaiza. No estaba, pero una persona que me atendió al teléfono, me dijo: 'Yo creo que da lo mismo que hable con su ayudante'. Hablé con un señor de apellido Crusat. Le dije que era la señora de Tohá, que mi marido estaba detenido en el Hospital de la FACH y que a todo esto yo no sabía si el coronel Otaiza era médico o no. 'Aquí no está —me dijo—, y que yo sepa su marido no está siendo interrogado'. Le contesté lo que había pasado el día anterior y que la información que tenía por el coronel Ibáñez era de que el coronel Otaiza lo tenía en interrogatorio en el Hospital Militar.

"Me contestó: 'Señora, su marido ocupó cargos muy importantes, así que de estar sometido a interrogatorio será por muchos meses. Pero no tenga preocupación. Porque dado su estado no va a ser apremiado físicamente'. Me alarmé. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué el señor Crusat me decía que dado el estado físico de José no esta-



ba siendo sometido a procedimientos físicos que lo obligarían a hablar de cosas que quizá sabía, quizá no. Pensé qué sería de aquella gente que no estaba en la situación de salud de José. Se lo hice saber. Me dijo: 'Hable usted con el fiscal'. Lo llamé a la una p. m., cuando ubiqué al coronel Otaiza.

"Efectivamente, su marido fue trasladado ayer al Hospital de la FACH con autorización de los médicos de cabecera para que fuera interrogado en recinto hospitalario. Pero yo lo hice ver por mis propios médicos y autorizaron que lo retirara del hospital'. '¿Dónde lo tiene?', le pregunté yo. 'No le puedo decir, señora, pero llámeme el martes de la próxima semana, a lo mejor le tengo novedades. Su marido está bien tratado y tiene a su cabecera una enfermera día y noche'. 'Eso significa —le contesté— que no está bien'. 'Señora, llámeme el martes, no le puedo dar mayores antecedentes'.

"De más está explicar cómo fue el resto de ese sábado y ese domingo, sin saber realmente en qué situación estaba José ni por qué era interrogado. Había preguntado al señor Crusat si ese señor que era fiscal de la

causa Bachelet y otros era abogado. El señor Crusat me contestó: 'No, no es abogado'. A mí vez pregunté y se lo pregunté a él: '¿Cómo una persona que no es abogado puede ser fiscal de una causa?' Me contestó: 'Estamos en tiempo de guerra'.

"Pero yo recordaba que el general Bonilla, en uno de los bandos de los primeros días de septiembre, había manifestado que la gente detenida durante el 11 sería juzgada por Tribunales ordinarios y de tiempo de paz. No podía entender entonces por qué Tribunales de guerra, presididos por una persona que no era más que un fiscal 'ad hoc' y no un abogado podía ser, en este momento, la persona que interrogaba a José por delitos comunes. Fue una interrogante que me costó mucho tiempo dilucidar".

"ESTOY ESPERANDO LAS INSTRUCCIONES"

"El lunes a primera hora, a las diez, en que abren el Ministerio de Defensa Nacional, fui a hablar con el coronel Ibáñez. Le conté mi diálogo con el señor Crusat y con el coronel Otaiza. Le manifesté lo grave que era

que a José, sin autorización médica, lo hubiera trasladado del Hospital Militar para someterlo a interrogatorios y a una incomunicación que obligadamente lo tendría en tensión nerviosa con repercusiones para su salud y nueva baja de peso. Me dijo el coronel Ibáñez: 'No se preocupe, señora, voy a hablar con el general Arellano y veremos qué se puede hacer'. Esa tarde, a las siete, llamé nuevamente al coronel Ibáñez. Le manifesté mi inquietud. 'Señora, su marido en estos momentos va a ser trasladado de la Fiscalía de la FACH al Hospital Militar'. '¿Quiere decir entonces —pregunté— que esa Fiscalía que se compró durante la gestión de José para la Fuerza Aérea de Chile va a ser su segunda cárcel?'.

"No me contestó el coronel Ibáñez, pero él sabía, igual que yo, que ese lugar que se llamaba Academia de Guerra había sido adquirido de las monjas del Villa María Academy durante la gestión de José en el Ministerio de Defensa. Seguían las ironías del destino. La segunda cárcel de Pepe también había sido adquirida por él.

"Usted tiene que ponerse mañana en comunicación con el director del hospital, el doctor Yupanqui. El la autorizará para las visitas que usted mantenía hasta el viernes pasado con su marido. Podrá seguirlo viendo, igual que sus hijos, igual que su suegra'. El martes temprano fui a hablar con el doctor Yupanqui. Me dijo que, efectivamente, esas eran las instrucciones que él tenía, pero que eran verbales, que estaba esperando la resolución por escrito del fiscal Otaiza. 'Pero esta autorización viene del jefe de plaza de Santiago', le dije. 'Lo siento, señora —me contestó—, pero su marido está con cargo a la FACH y estoy esperando instrucciones. Creo que mañana podremos lograrlas'.

"Pero quiero volver hacia atrás. El martes, en medio de mi desesperación, tomé el teléfono y llamé al coronel ayudante del general Pinochet, el coronel Moral. Le dije: 'Coronel, yo desde septiembre no hablo con el general Pinochet. Quisiera que le dijera en mi nombre que tengo urgencia de comunicarme'. Me dijo: 'Señora, las audiencias están interrumpidas. Estamos preparando su viaje a Brasil'. Le contesté: 'Dígame que es urgente'. Me dijo: 'Yo le avisaré'.

"EN UNA CAMA DESNUDO; LOS BRAZOS ABIERTOS"

(Esta es la parte final del relato que la viuda de José Tohá

hizo a Julio Scherer García, acerca de las circunstancias que condujeron a la muerte de Tohá.)

Hermosa, en el dolor, continúa su relato la señora de Tohá. Ni busca las palabras ni renueva los sentimientos. Cuenta igual que se viera con los ojos cuajados de lágrimas:

"Al día siguiente, a las ocho de la mañana, me llamó el coronel Moral y me dijo: 'Señora, usted tiene audiencia hoy día, a las cinco de la tarde, con el general Pinochet'. Se abrió una nueva puerta de esperanza. Yo quería seguir pensando que el general Pinochet, que recordaba como un amigo de nuestra casa, como un amigo de José y como un amigo mío, al igual que su mujer, Lucía, sería el mismo general que había conocido tiempo atrás.

"A las cinco llegué a la UNCTAD. Hacía siete meses que no entraba en ese local, que había sido mi lugar de trabajo durante más de un año. Allí funcionaba la Secretaría Nacional de la Mujer, donde junto a otras mujeres elaboramos infinidad de programas destinados a la trabajadora, a la campesina, a la proletaria. Ya no era el mismo local: Había alfombras, cortinajes. Ninguno de esos lujos tuvimos nosotros. Subí en el ascensor, acompañada de un carabinero, hasta el piso donde estaba el general Magliocheti. Me acerqué a él y le dije: '¿Tú me acompañarás a la reunión?'. Me contestó: 'Yo te dejo hasta la puerta'. Le avisó al ayudante del general Pinochet que yo estaba en el piso anterior, en el veintitrés. 'Cuando se desocupe el general Pinochet dile que está aquí la señora de Tohá para que ella suba'.

"A los quince minutos me llamaron. El general Magliocheti me fue a dejar hasta la puerta del Presidente de la Junta de Gobierno. Allí me esperaba Augusto. Su aspecto era amable, me hizo pasar hasta una sala. Me dijo: 'Señora, ¿qué se le ofrece?'. 'Perdóneme —le contesté—, no vengo a hablar con el Presidente de la Junta de Gobierno, vengo a hablar con Augusto Pinochet, a quien conozco desde hace tanto tiempo. Vengo a pedirte que me devuelvas a mi marido inmediatamente. Quiero que lo devuelvas porque está mal, porque está en el Hospital Militar, porque ha habido problemas, porque ha sido sacado del recinto hospitalario sin autorización médica. Cualquier cosa que le pase en este momento puede ser gravísima. Necesito verlo, quiero estar con él. Quiero que me lo devuelvan'.

"Me dijo: 'No me puedes pedir eso.

"Eso no lo puedo hacer yo. Seguramente la FACH tendrá algún cargo contra tu marido. Tú tienes que agradecerme a mí que tu marido haya sido trasladado al Hospital de Santiago, también por determinación mía. Tienes que agradecerme, Moy, que me hayas pedido una audiencia y en menos de doce horas te haya sido concedida. Tienes que pensar la cantidad de gente que me ha esperado durante meses para que yo la recibiera'.

"Lo miré con extrañeza. Le dije: 'Tú nunca tuviste que pedir audiencia para llegar hasta mi casa. Siempre llegaste y fuiste bien recibido. Fuimos amables con ustedes, los sentimos nuestros amigos'.

"¿POR QUE GRITAS TANTO, AGUSTO?"

"Se paseaba de un lado a otro del salón. 'Yo no me comprometo a nada —me decía—. Sí, Tohá fue amable conmigo, tú también'. Entremedio, gritaba. Decía cosas como que la Tencha iba a ser declarada apátrida y cosas por el estilo. Tomaba mucha agua, gritaba muy fuerte. De repente, le dije: '¿Por qué gritas tanto? Hace ya mucho tiempo que no se puede oír ni en televisión, gritas demasiado'. Me contestó: 'Eres igual a mi mujer, me dice que grito el día entero. Pero yo ya soy viejo y sigo gritando, no puedo cambiar'. Le dije: 'Hace seis meses eras igualmente viejo que ahora, pero eras un viejo simpático, ahora eres un viejo gritón'. Me miró y me sonrió. Me recordó

"Le pregunté qué pasaba con Clodomiro Almeyda. 'Está bien', me dijo. 'No sé si está bien —le dije—, sé que fue sacado del Tacna y que está desaparecido'. 'Está bien —insistió—, tú no eres su mujer, no tienes por qué preguntar por él'.

"Seguían avanzando los minutos, seguía tratando de explicarle la situación de José. 'Si hago algo —me dijo—, lo voy a hacer por ese niño chico, que merece un padre'. Le contesté: 'De ese niño chico me encargo yo, que soy su madre. Si tú haces algo será porque reconoces en José un ser humano maravilloso, un ser humano a quien tú tanto conociste. Si haces algo va a ser porque le tienes respeto, por su trayectoria política y privada. Si haces algo es porque estoy cierta que nos tienes todavía afecto'. No me dijo nada, pero me miró con extrañeza. Seguía paseándose y seguía hablando: 'No puedo hacer nada, no me comprometo a nada'. Al final, como no avan-

zábamos en nuestra conversación, le dije que me iba. Me contestó: 'Mira, lo único que puedo hacer es apurar el proceso. Voy a hablar con el fiscal para que tengas facilidades y puedas ver a tu marido'.

"La verdad de las cosas es que ya a estas alturas del proceso yo no tenía confianza. Había tenido tantas desilusiones, había visto que esto de que los generales no mienten es también una utopía. Me despedí de él. Fue afectuoso. Pero lo cierto es que tenía la impresión de que no lo volvería a ver nunca más. Pasé por la oficina de Magliocheti y bajamos en ascensor. Le pregunté: '¿Es efectivo que el fiscal de la causa Bachelet y otros era adiestrador de perros antes de ser fiscal de la causa?'. Me miró, se rió y me dijo: 'Los Tribunales militares pueden ser presididos por cualquier militar'. Le pregunté: '¿Es efectivo o no que el coronel Otaiza adiestraba perros antes de ser fiscal de la causa?'. 'Sí —me dijo—, entre otras cosas también adiestraba perros'. Allí supe que todo ese cominillo que se hablaba en los pasillos de la UNCTAD y en las calles de Santiago era efectivo: el fiscal Otaiza había sido adiestrador de perros antes de ser interrogador de ministros'.

EL PROCESO SIN CARGOS

"Al día siguiente de mi reunión con el general Pinochet me dirigí a hablar con el abogado. Le expliqué lo que había ocurrido. En la oficina del abogado Etcheverri me encontré con la señora del general Bachelet. Me dijo: '¿Fuiste a hablar con el general Berdichevski?'. 'No —le contesté—. ¿Qué tiene que ver en esto?'. 'Es juez de la causa'. '¿De qué causa?'. De la causa en que está siendo interrogado tu marido, la causa Bachelet y otros'.

"Yo a Berdichevski lo había conocido mucho. Era un general de la FACH que había sido a su vez agregado militar en Moscú. Recuerdo que cuando José entregó la isla Dawson a la Armada Nacional, el general Berdichevski estaba a cargo de la base aérea de Punta Arenas. Había visto muchas fotografías de José con él. Ese mismo día, en la tarde, lo llamé por teléfono y le pregunté si sería posible recibirme. 'Véngase para acá inmediatamente —me dijo—, no tengo ningún problema'. Le conté toda la historia que le acabo de narrar a usted, paso por paso. 'Qué raro que esté siendo interrogado su marido —me dijo—; yo he leído el proceso' y no hay ningún cargo en su contra. 'Así es —le respondí—; yo también conozco ese proceso, es un proceso cerrado, que se

cerró en el mes de enero y los antecedentes de él están en conocimiento de mi abogado, dado que muchos militares juzgados en esa causa son también defendidos por el abogado de José'. 'Claro —me dijo—; es efectivo. Voy a llamar inmediatamente al coronel Otaiza y le voy a preguntar en qué situación está su marido'.

"En mi presencia tomó el teléfono y llamó al coronel Otaiza. Le hizo ver que a José había que darle la oportunidad de que mejorara de salud antes de empezar los interrogatorios, que era positivo para José que estuviera en contacto con su familia, al menos con su mujer y sus hijos. Otaiza le comunicó que sería levantada en cinco días la incomunicación. Me dijo Berdichevski: 'Moy, en cinco días más a su marido se le dejará de interrogar. Usted comprenderá que este procedimiento hay que seguirlo porque ha sido aludido en algunas partes del proceso. Nada comprometedor, por cierto, porque la verdadera causa o proceso por el que van a ser juzgados los ministros del gobierno de la Unidad Popular es un proceso que afortunadamente no está a mi cargo. No me gustaría ser juez de nadie'.

"Me impresionaron sus palabras, o me dieron buena impresión, o necesitaba tener buena impresión de alguien, o necesitaba creer en algo, no sé. Pero le creí también. Pasaron los cinco días, al cabo de los cuales llamé por teléfono al coronel Otaiza y le dije que prescindía yo de la audiencia de la posibilidad de ver a José al cabo de esos cinco días en que se levantaría la incomunicación. Le dije que me importaba mucho que José viera a su hermano médico, Isidoro, que también estaba en problemas, dado que había sido incomunicado durante quince días y dos veces había estado en prisión, y que había sido autorizado por la Fiscalía de Chillán para visitar a su hermano en Santiago. Por ser médico, por ser el jefe de la familia visible que aún existía, ya que los demás estaban todos presos, quería que José lo viera.

"Me dijo que no había problema, que ese jueves 28 fuera mi cuñado hasta la Fiscalía a buscarlo y que él lo acompañaría personalmente al Hospital Militar. Mi cuñado vio a José ese día por veinte minutos. José le dijo: 'Yo creo que es preferible que si me van a ejecutar, lo hagan pronto'. Isidoro se rió: '¿Y por qué te van a ejecutar?'. 'Aquí me dicen, o me han dicho, no me acuerdo realmente en qué tiempo se conjugó el verbo, que me van a ejecutar por asesino y por ladrón'.

"Quedé muy impresionada por el relato de mi cuñado cuando repitió las palabras textuales de José. ¿Asesino? ¿José, asesino? ¿Cómo iba a ser asesino José, si nunca había metido preso a nadie ni nunca había deseado la muerte a nadie? ¿Cómo iba a ser ladrón, si no teníamos casa propia, no teníamos auto, no teníamos cuenta corriente? Todo era paradoja. Se necesita estar muy enfermo para repetir semejante barbaridad. Se necesita estar muy enfermo para que una persona pudiera meter en la cabeza de otro ser humano semejante barbaridad.

"Trató Isidoro de hacerle entender, de explicarle que todos esos procedimientos eran en términos generales, que no había nada concreto en su contra, que habíamos visto el proceso, que nuestro abogado conocía los antecedentes del mismo, que yo había hablado con el general Berdichevski y con el general Pinochet y que no había cargos en su contra. Pero parece que había sido tarde. Lo que ocurrió en la Academia de la FACH no lo sé. Pero lo único que puede explicarme es que en ese momento lo que José Tohá le dijo a su hermano nada tiene que ver con el José Tohá que yo había visto tres semanas antes.

"Al cabo de veinte minutos entró el coronel Otaiza a la pieza y le dijo a mi marido: 'Don José, usted sabe que es muy molesto seguir interrogándolo por escrito, pero nosotros tenemos que cumplir con el deber'. A lo que José contestó, delante de mi cuñado: 'Yo no tengo ningún problema en responder a ningún tipo de acusación de orden político, vuelvo a insistirle, coronel. Soy responsable políticamente de muchas cosas y estoy orgulloso de ser responsable de cosas políticas del gobierno de la Unidad Popular'. El coronel le dijo: 'Le dejo cuatro puntos para que los desarrolle, yo los hago recoger mañana'. 'No tengo problema', contestó José. Pero, mirando a su hermano, le dijo a éste: 'Si quieres sales de la pieza. Se me ocurre que el coronel quiere hablar en privado conmigo'. Isidoro se despidió de José y fue la última vez que lo vio. Lo fuimos a dejar al tren y regresó a Chillán.

MI ALARMA ERA GRAVÍSIMA

"Después de hablar con el general Berdichevski, la madre de José fue un día hasta el hospital y conversó con una de las personas de la guardia que cuidaba a los enfermos y le preguntó si José necesitaría algo. Le contestó: 'No tiene cigarrillos'. La madre de José le



José Toha con Salvador Allende.

compró cigarrillos y los dejó allí, pero al llegar de vuelta vio que un señor gordo con delantal blanco salía de la pieza de José. Le dijo: 'Soy la madre de José Tohá. ¿Quién es usted?'. Le contestó: 'Soy el psiquiatra, estoy atendiendo a su hijo'. Alarma, mi suegra le preguntó: '¿Por qué está José con psiquiatra?'. 'Tiene una neurosis depresiva'.

'Es bastante serio que una persona con neurosis depresiva sea interrogada e incomunicada. Pero mi suegra no le dijo nada al médico, sino que me llamó por teléfono y me dijo: 'Moy, vengo llegando del hospital y hay un psiquiatra atendiendo a José'. Ella es una señora de edad, y no podía decirle nada; pero tomé el teléfono y llamé al coronel Ibáñez. Le dije: 'Coronel, ocurre lo siguiente: José, contrario a todas las intrucciones, contrario a todos los veredictos del general Berdichevski, sigue incomunicado; sigue siendo interrogado y en esta oportunidad ya lo encuentro muchísimo más grave, porque hay un psiquiatra atendiendo. No puede ser que una persona que tiene neurosis depresiva esté siendo interrogada en las circunstancias de José, con la debilidad física manifiesta. No se puede aprovechar la debilidad física de una persona para hacerle un interrogatorio'.

'Le dije también: 'Usted no se da cuenta, coronel, a José lo están matando'. 'Señora —me contestó—, voy a ver qué es lo que puedo hacer. La llamo por teléfono'. No me llamó por telé-

fono. Yo hablé nuevamente con el general Berdichevski. Ya mi alarma era gravísima. Le dije: 'Usted tiene que ayudarme, hacer algo, tiene que ver qué se puede hacer'. Me respondió: 'No se preocupe, Moy, voy a hablar con Otaiza'. 'Pero yo ya estoy aburrída. Usted me dice que se le va a levantar la incomunicación en tres o cuatro días más, la incomunicación no se levanta. La única oportunidad que ha tenido José de ver a un familiar fue aquel jueves en que estubo veinte minutos con su hermano. Lo encontró mal, su hermano es médico. Comprenderá, general, que ustedes no pueden pretender un juicio si José está en ese estado de salud y así es interrogado. No se reúnen ni las circunstancias ni las posibilidades físicas para que pueda defenderse'. 'Voy a ver qué se puede hacer, voy a hablar con Otaiza'.

"TIENES QUE PENSAR EN LOS NIÑOS"

'Pero ya veía al general Berdichevski en un carácter distinto. Ya no era el hombre tan amable. No me llamó por teléfono, pero yo seguí insistiendo, seguí llamando a Ibáñez, aunque me decía que ya no tenía nada más que hacer. Y seguí llamando a Berdichevski hasta que me dijo: 'Usted va a poder ver el sábado a su marido y queda levantada la incomunicación definitivamente'. Ya no creí, definitivamente, ya no creí; ya no podía creer más. Sin embar-

go, ese sábado vi a José, estuve una hora con él. Me paré en la puerta y lo miré.

'Estaba tendido en su cama, se le veía muy débil. Me dijo: 'Me van a juzgar por ladrón y asesino'. Traté de festinar el asunto, a pesar de que lo encontré muy mal. Le dije: 'Cómo no te van a procesar por asesino o por ladrón, mira la cantidad de gente que mataste, mira lo ricos que somos'. Yo sabía que no teníamos un escudo. Me dijo: 'Ellos vienen para acá'. No sé quiénes eran 'ellos'. Me dijo: 'Ellos vienen para acá y a los pies de mi cama se mofan de mí y hacen escarnio de mi indefensión'. Le dije: 'Mira, Flaco, ellos están logrando lo que querían, están quebrantándote. Solamente necesitan eso. Ninguna acusación sería se puede hacer a una persona que está enferma como tú lo estás. Nada serio puede haber si lo que están diciendo es que eres asesino y ladrón. Yo me quedaría tranquila. Sé que es difícil lo que pido, pero tienes que pensar en los niños, tienes que pensar en lo que he luchado yo estos siete meses por lograr que te trasladaran a Santiago. Tienes que ayudarme, si no no tiene ninguna razón toda esta lucha que se ha dado, todas estas conversaciones interminables con tanto general, con tanto coronel, ¿para qué todo si a ti te va a convencer el coronel Otaiza? ¿Quién es el coronel Otaiza? Supongo que valdrá más la opinión de un general Berdichevski o la de un general Arellano'.

"LO MIRE POR ÚLTIMA VEZ"

'Entonces me contestó con esa generosidad que era tan propia de su carácter: 'El coronel Otaiza no tiene la culpa, él no es el letrado'. No había ironía en sus palabras. Pero yo tenía mucha rabia. Naturalmente el coronel Otaiza no era letrado, él se dedicaba a adiestrar perros, él no sabía por qué las leyes del mundo entero solamente permiten cinco días de incomunicación y José, en el estado de salud en que se encontraba, ya llevaba más de cuatro semanas de incomunicación.

'Pero yo no se lo podía decir a él. Era decirle: están abusando de tu debilidad, estás muy mal, estás muy enfermo. Tienes que superar psíquicamente todo el enorme problema físico que tienes, estás débil, pero no estás enfermo. Es un problema que tienes que superar, me tienes que ayudar. Pero era difícil hablar de aquellas cosas con un oficial al frente, metrallita en mano.

'Me tendí en la cama, hice que su cabeza reposase en mi hombro, le hice cariños con la cabeza. Me ref, le hablé de cosas de los niños. Realmente estaba mal, físicamente mal. Le hacía cariños en la cabeza y él me besaba una mano y miraba incesantemente la hora, minuto a minuto. No sé si realmente me escuchaba o solamente miraba los minutos que faltaban para separarnos. No sé si él sabía que ya nunca más nos volveríamos a ver.

'Fue una hora corta. Nos dijimos muchas cosas que no recuerdo. Al cabo de eso me levanté y me puse la chaqueta para partir. Le tomé la mano y me la apretaba fuertemente, era la única expresión de fuerza que había en su cuerpo, su cabeza seguía descansando en la almohada, su mirada era profunda y sumamente triste. Le dije: 'Te veré, yo sé que hoy día te levantan la incomunicación'. Realmente no lo sabía. Me lo había dicho el general Berdichevski, pero ya no creía en esas cosas. Le dije: 'Te veré; martes o miércoles te veo. De todas maneras te veo'.

'Nos despedimos, lo miré por última vez y avancé por el pasillo. Me encontré con uno de los que quedaban allí, un suboficial, y le dije: 'Cúdelo, no lo noto bien'. 'Tiene una depresión, pero está bien físicamente. ¿Si lo hubiese visto usted unas semanas atrás?'. Avancé por el pasillo y me fui.

'El lunes fue de gran agitación. Traté de ver nuevamente qué había pasado con la incomunicación de José, pero ya no estaban ni el coronel Ibáñez ni

el general Berdichevski. Las cosas se hacían cada vez más difíciles. El martes había quedado de mandarle a José un pijama y una toalla, pero en la mañana, cuando me encontraba en la oficina de mi abogado, llegó alarmado otro de los miembros del grupo patrocinado por Etcheverri y me dijo: '¿Supiste que murió Bachelet?'

"Me desesperé. La verdad es que nosotros no teníamos una amistad de mucho tiempo con el general Bachelet. Lo había conocido como había conocido a los demás generales de la FACH. Pero era un hombre simpático, agradable. Trabajaba en la Secretaría de Abastecimientos, tres pisos más arriba de la oficina en que trabajaba yo en la UNCTAD. Lo veía continuamente en las horas del almuerzo, trabajaba sin descanso por darle de comer al pueblo. Lo vi realmente motivado por su tarea. Sentía respeto por él. Me impactó la noticia de su muerte."

LOS GENERALES LO SABIAN

"Me desesperé, salí a la calle. No sabía qué hacer, si ir al hospital; no sabía si José se había enterado o no, no sabía si la noticia la había escuchado a través de la televisión, que a todo volumen escuchaba la gente de guardia afuera de su cuarto y cómo le iba a afectar todo esto. Volví nuevamente a la oficina. Traté de llamar a unos amigos para que hicieran presente la gravedad de la situación. Salí de la oficina del abogado alrededor de las cuatro de la tarde. Compré un diario que sale a mediodía. En él, en forma destacada decían: 'Ex vicepresidente de la República, grave en el Hospital Militar'. Leí la información ávidamente. Se refería a José. Decían que José estaba muy grave. Enloquecida fui al Hospital Militar y traté de comunicarme con el director.

"Hablé con él y le dije: '¿Qué opina de esta noticia? ¿Qué significa esto? ¿Qué pasa con José?'. 'Su marido está bien. Son informaciones de la prensa. No puede ser que hoy, justamente el día en que muere Bachelet, estén empezando a decir que José está grave'. Me contestó: 'Se va a reponer una vez que se levante la incomunicación'. 'Pero ustedes tienen que hacerlo presente —insistí—. Me dijeron que hay informes médicos que lo están pidiendo continuamente, lo que significa que los generales sabían del estado de salud en que estaba José'. Lo que yo había visto, también ellos lo sabían.

"Me fui a ver a la viuda del

general Bachelet. No estaba en su casa. Me dijeron que estaba en la capilla del Ejército. Fui a verla. Allí me encontré con casi todas las señoras de Dawson, que en forma solidaria, tanto a la viuda de Bachelet como a la Cecilia Bachelet de Miranda, les presentaban su pésame. Estuve con ellas largas horas. No alcancé a ver a José, es decir, hacerme presente a los oficiales o gente que lo cuidaba. Pero llamé por teléfono a mi suegra y le dije a mi cuñada que llevara la toalla y el pijama que necesitaba. Dicen que José mandó decir qué pasaba conmigo, que por qué no había ido. Naturalmente, ellas no le manifestaron que yo estaba en el funeral de Bachelet, porque no sabían si José estaba enterado o no.

"Al día siguiente, luego de ir a enterrar al general Bachelet, me fui al hospital y le mandé a José una tarjeta, le dejé unas galletas, unas pastillas y un manjar. Me dijo el oficial: 'Está bien. No se preocupe. Es posible que se levante la incomunicación'. Llamé por teléfono al general Berdichevski y al coronel Ibáñez y a éste le dije: 'Coronel, después de lo que ha pasado con el general Bachelet, ¿suplico que tomarán alguna medida respecto a José?'. Me contestó el coronel Ibáñez: '¿Y qué pasó con el general Bachelet?'. 'Pero, coronel —le dije—, ¿cómo, no sabe usted que el general murió?'. '¿Cómo que murió? No tenía la menor idea'.

"Realmente no entendí, no entendí cómo el ayudante del jefe de la guarnición de Santiago pudiera desconocer que un general de la FACH había muerto y ya había sido enterrado. Le dije que quería ver a José, que estaba muy preocupada por su salud, que había informaciones de prensa muy serias respecto a la salud de José y seguían insistentemente saliendo, que yo había llamado a 'La Tercera' y que me habían contestado que esas informaciones que estaban saliendo respecto a la salud de José eran entregadas por la Secretaría General de Gobierno.

"El jueves me acerqué nuevamente hasta la Suboficialía que cuidaba los enfermos del Hospital Militar. Me contestaron que José estaba bien. No hubo mayor información".

"SU MARIDO HA MUERTO"

"Al día siguiente, viernes, almorcé con Isabel Margarita en mi casa, la señora de Orlando Letelier. Estaba tratando de ubicar al siquiatra para que me diera alguna información respecto de la salud de José, cuando las líneas se cruzaron y me

salió por teléfono, al cuarto para las cinco de la tarde, la voz de un coronel:

"¿Estoy hablando a la casa de don José Tohá?'. Le contesto que sí. 'Quiero hablar con la señora', me dijo. '¿Con quién hablo yo?', le contesté. 'Con el coronel Aguirre'. '¿Qué desea?'. Usted habla con la señora de Tohá'. 'Llamo por instrucciones del general Arellano, llamo para informarle que su marido ha muerto'.

"Lo que le dije no lo recuerdo. Creo que manifesté que era una broma tétrica, que no podía creerlo. Me dijo: 'Venga para acá, señora, y le explicaremos'. Isabel Margarita, afortunadamente, tiene movilización y me llevó al Hospital Militar. Allí me fui a la oficina del director, en donde me esperaba este coronel, quien con la pipa en la mano me dijo: 'Vamos, señora, iremos hasta la pieza'. Avanzamos hasta el tercer piso, donde me atajó un oficial y me dijo que tenía que firmar un libro. Le contesté que no firmaba nada. El coronel, impertérrito con su pipa en la boca, me dijo: 'Pase por aquí, señora', y se dirigió en forma displicente al suboficial para decirle solamente: 'Está autorizada para entrar'.

"Yo veía que todo ese grupo de cabos, de sargentos que siempre me habían dicho que confiara, que José estaba bien, que las informaciones de prensa eran mentira, estaban arrinconados. Ninguno se acercó.

"Habían sido amables otrora conmigo. Hoy día estaban en un rincón. Avancé y entré en la pieza. Vi el cuerpo desnudo de José en una cama, sus brazos abiertos, su mirada al cielo. Había sangre en su nariz. Los labios estaban cerrados y había palidez en su rostro. Una mirada casi dulce. No había nada macabro. Diría yo que era como una esfinge de mármol tendida.

"Le tomé la cara, le hice cariños, estaba frío, solamente detrás de las orejas había un poco de tibieza. Lo besé, hablé con él largamente, no sé qué le dije, pero bruscamente me di cuenta de lo que estaba viendo y encarando a uno de los oficiales que estaban allí, y le dije: 'Este es el precio que se ha pagado por entregar tres años de nuestra vida, de nuestra felicidad casi en comienzo; de nuestros nueve años de matrimonio, tres fueron dedicados a ustedes, trabajados intensamente para ustedes, nuestra casa abierta para ustedes. Hoy día me entregan un cadáver'. Me miró el oficial y me dijo: '¿Ha terminado, señora? ¿Me quiere escuchar? No estaba con cargo a nosotros'. No sé qué me

quiso decir, tal vez que estaba con cargo a la FACH. 'Fue su determinación', me dijo. Y me pasó un cinturón. Lo miré. Efectivamente, en la base del cuello de José había leves marcas de un cinturón.

ASI NO MUEREN ESOS SUICIDAS

"Yo trabajé en investigaciones muchos años y recuerdo casos de mucha gente que había tomado la determinación de ponerse un cinturón al cuello. Normalmente sus rostros estaban deformados, amoratados. No era ese el aspecto de José. No quiero decir con eso que se me estuviera mintiendo. No me gusta ser juez de nadie. Creo que uno es juez solamente de sí mismo. Miré al oficial y le dije: 'Yo no sé si fue su determinación o no. Tenía pocas fuerzas ya cuando lo vi el sábado'.

"Me veía el oficial.

"Pero quiero decirle que si fue así es la más hermosa protesta que he visto en mi vida. Es la única protesta de una persona que está en la indefensión más absoluta para reclamar contra un procedimiento, para salvar otras vidas tan honradas y decentes como las de él, para librar otras vidas de políticos. ¿Qué hacen los políticos? A lo mejor lo de José, el comprar una isla para la Armada —la Dawson—, una Academia de Guerra para la FACH, comprar el barco más lindo de Latinoamérica para la Armada, entregar todo el territorio limítrofe para seguridad nacional al Ejército, tal vez todas esas cosas son pecado, tal vez esas cosas son malas para el país".

Sus últimas reflexiones, bañadas de lágrimas, fueron éstas:

"Yo sé que no me pueden desmentir, que todo lo que he contado es cierto, que no hay ironía en lo que acabo de decir, sino una tremenda amargura, una tremenda desilusión. Hasta muy pocos días antes de la muerte de José yo creía, creía en muchas cosas, creía en la amistad, creía en el ser humano, creía en las personas que de una u otra manera tenían en sus manos la suerte de una vida, de una vida maravillosa, admirable y decente como era la de José. Yo creía, llegué a creer que algo harían para salvarla.

"No quiero juzgar. Espero que las personas a las que he aludido y que tuvieron la vida de José en sus manos, hayan hecho todo lo que estuvo a su alcance en favor de él y que puedan dormir tranquilas. Y si no pueden, que Dios los perdone". ■